

Textos periodísticos

El Rol de la mujer en la Iglesia. Marzo, 2013, por Redacción LA VOZ.

Con la elección del nuevo pontífice, el Vaticano debe propiciar reformas profundas en su seno, que contemplen una mayor participación femenina en la toma de decisiones.

El cardenal argentino Leonardo Sandri consideró días atrás que las mujeres deben tener posiciones de mayor liderazgo en el Vaticano y en el seno de la Iglesia Católica en general, y que ese será el gran desafío de la jerarquía eclesial una vez que sea ungido el sucesor de Benedicto XVI. Las palabras de Sandri, quien asoma como “papable” y tendrá gran influencia en la elección del nuevo pontífice, abren un debate de antigua data en una institución cuyas decisiones históricamente han sido reservadas sólo a los varones.

“El papel de las mujeres en el mundo ha aumentado y eso es algo sobre lo que la Iglesia tiene que preguntarse a sí misma”, admitió Sandri durante una entrevista que concedió en el Vaticano a la agencia de noticias Ansa. Además, ponderó que en la nueva etapa que se abre en la Iglesia Católica en el mundo, las mujeres “tienen que ocupar un papel mucho más importante para que puedan contribuir en muchas de esas áreas que, al menos en parte hasta hoy, están abiertas sólo a los hombres”.

Marginadas durante siglos de las decisiones que se bajan desde la conducción del catolicismo, las mujeres –la mayoría monjas y laicas– sólo pueden acceder a posiciones de menor jerarquía. Esta desigualdad en materia de género se evidencia desde el gobierno vaticano hasta una sencilla parroquia de barrio.

Lo cierto es que la Iglesia no permite la consagración de mujeres para ejercer el sacerdocio y, más allá de los augurios innovadores del cardenal Sandri, no hay indicios de que en el futuro pueda haber un cambio de esa normativa.

Sin embargo, distintas instituciones femeninas se han pronunciado a favor de que la mujer sea llamada a tener un papel más activo dentro de la comunidad cristiana.

Por caso, la teóloga María José Arana sostiene que las mujeres han permanecido en la Iglesia “como las grandes ausentes” y que esa desigualdad respecto de los varones perdura después de siglos de postergaciones.

Durante las últimas décadas, el mundo ha sido testigo del creciente liderazgo femenino dentro de actividades empresariales, de la política, de la función pública, del campo de la ciencia y la cultura, por mencionar algunas. La Iglesia, en cambio, las ha relegado a tareas de menor cuantía.

Más allá del “desafío” al que se refiere Sandri, con la elección del nuevo papa, la Iglesia debe encarar una reforma profunda en su función pastoral y social, que contemple la participación de sus hombres y de sus mujeres.

No es casual que sean grandes mujeres las que perduren en el tiempo por su entrega y sacrificio en bien de los marginados y olvidados del mundo, como la madre Teresa de Calcuta.

La Iglesia debe tomar nota y producir las reformas a las que, con razón, alude el purpurado argentino.

Complejo de Edipo: cerrado por falta de padres. Sergio Sinay.

Aunque haya nacido como personaje muchos siglos antes del psicoanálisis, a partir del siglo veinte Edipo es conocido más como complejo que como mito. La tragedia del niño abandonado que es recogido por el rey de Corinto, se convierte en príncipe, mata a su padre Layo (sin saber quién era), resuelve los enigmas de la esfinge y, en premio, se casa con su madre Yocasta (ignorando también quién era ella) para acabar sacándose los ojos al saber la verdad, dio lugar a otro mito distinto, en este caso contemporáneo.

Fue Freud quien llamó complejo de Edipo a lo que -según él- es un anhelo inconsciente en todo varón de poseer a su madre rivalizando para eso con su padre (y deseando, más en el fondo aún, matarlo). Esta creencia impregnó la cultura occidental contemporánea. "Tiene un Edipo más grande que una casa", "No resolvió su Edipo", "Es un caso típico de Edipo mal resuelto", "Reconozco que no asumí mi Edipo", son frases que se disparan con una soltura digna de mejor causa, que dan cierto lustre "psicologista" y que, a menudo, funcionan como anteojeras que impiden observar y comprender en amplitud y en profundidad tanto la complejidad como la riqueza de un vínculo humano particular: padre-hijo.

En la sociedad contemporánea el padre es una figura que suele brillar por su ausencia más que por su presencia. Y me refiero a dos ausencias (o presencias): la física y aquella otra que lo convierte en un modelo emocional para su hijo varón, en una guía para el desarrollo integral de su masculinidad esencial y verdadera. Por razones que combinan la educación estereotipada de varones y mujeres con una limitada y limitante concepción de lo "femenino" y lo "masculino", los hombres se fueron apartando (cuando no fueron apartados) de las funciones paternas hasta que éstas quedaron convertidas en una simplificación patética. Así el padre es el proveedor de simiente, de apellido y de sustento material. Criar, educar, nutrir, sanar, contener, comprender son cosas de la mamá. Y, avanzando un poco más, a menudo existe la creencia de que el hijo es más de la madre que del padre. O que es sólo de ella.

Muchos padres, entonces, se ausentan porque privilegian lo que se considera "deber del hombre": trabajar, producir, hacer funcionar el mundo externo. Esos son ausentes "en presencia". Otros desaparecen físicamente porque la responsabilidad de la paternidad los sobrepasa. Prefieren mantenerse en condición de púberes perennes, demostrando su "masculinidad" en actividades más divertidas, como la conquista de mujeres, los encuentros con amigos similares a ellos, las victorias económicas, los negocios rápidos y fáciles.

Por fin, hay una categoría de padres ausentes por desplazamiento: son aquellos padres separados a los que se les niega el derecho a ejercer la paternidad (escamoteándole los hijos con argucias legales o ilegales) como castigo por no aportar materialmente lo que debieran. No importa su decisión de ser padres presentes ni si su ausencia es producto de un descalabro profesional o laboral.

Ninguno de estos padres (así como casi ningún padre de cualquier tipo) ha recibido de sus propios padres, o de los varones mayores, modelos de paternidad creativa, emocionalmente nutritiva, espiritualmente contenedora. No saben ser otra cosa, aunque algunos, cada vez más, procuran aprenderlo en la propia vivencia. Sus antecesores tampoco lo sabían. Esto viene de muchas generaciones de varones, con honrosas y escasas excepciones.

Puede ser que en una era de padres duros, autoritarios, incontrastables y monolíticos, la metáfora llamada complejo de Edipo haya resultado atractiva, ingeniosa y hasta plausible. Hoy lo que abunda, tanto en hombres adultos, como en jóvenes y adolescentes, es el hambre de padre: la

necesidad de un hombre amoroso y confiable que transmita recursos para un desarrollo del mundo emocional del varón. Que también proporcione respuestas desde un congénere y que ayude a despegar (cuidadosa y afectivamente) de la figura materna para desarrollar la plena riqueza de lo masculino auténtico (no del estereotipo tradicional estrecho).

Entre 1960 y 1990 la tasa de nacimientos de hijos de madres solteras se triplicó en el mundo. Una moda entre muchas mujeres emancipadas es la de "querer un hijo pero no un marido". La mayoría de los delincuentes juveniles provienen de familias con padre ausente.

A Edipo, hoy, le falta su adversario. No hay a quien matar. En cambio, aparece una misión por delante para la sociedad y para los hombres en particular: revalorizar las funciones paternas, asumirlas, preñarlas de significado, respetarlas y honrarlas. No hay lugar para Edipo hoy. No se trata de matar al padre, sino de permitirle nacer. En nombre del padre y en nombre del hijo.

Fuente: www.sergiosinay.com/articulos/paternidad/complejodeedipo.shtml

Botella al mar para el dios de las palabras. Gabriel García Márquez.

A mis doce años de edad estuve a punto de ser atropellado por una bicicleta. Un señor cura que pasaba me salvó con un grito: ¡Cuidado! El ciclista cayó a tierra. El señor cura, sin detenerse, me dijo: ¿ya vio lo que es el poder de la palabra? Ese día lo supe. Ahora sabemos, además, que los mayas lo sabían desde los tiempos de Cristo, y con tanto rigor, que tenían un dios especial para las palabras.

Nunca como hoy ha sido tan grande ese poder. La humanidad entrará en el tercer milenio bajo el imperio de las palabras. No es cierto que la imagen esté desplazándose ni que pueda extinguirlas. Al contrario, está potenciándose: nunca hubo en el mundo tantas palabras con tanto alcance, autoridad y albedrío como en la inmensa Babel de la vida actual. Palabras inventadas, maltratadas o sacralizadas por la prensa, por los libros desechables, por los carteles de publicidad; habladas y cantadas por la radio, la televisión, el cine, el teléfono, los altavoces públicos; gritadas a brocha gorda en las paredes de la calle o susurradas al oído en las penumbras del amor.

No: el gran derrotado es el silencio. Las cosas tienen ahora tantos nombres en tantas lenguas que ya no es fácil saber cómo se llaman en ninguna. Los idiomas se dispersan sueltos de madrina, se mezclan y confunden, disparados hacia el destino ineluctable de un lenguaje global.

La lengua española tiene que prepararse para un ciclo grande en ese porvenir sin fronteras. Es un derecho histórico. No por su prepotencia económica, como otras lenguas hasta hoy, sino por su vitalidad, su dinámica creativa, su vasta experiencia cultural, su rapidez y su fuerza de expansión, en un ámbito propio de diecinueve millones de kilómetros cuadrados y cuatrocientos millones de hablantes al terminar este siglo. Con razón un maestro de letras hispánicas en los Estados Unidos ha dicho que sus horas de clase se le van en servir de intérprete entre latinoamericanos de distintos países. Llama la atención que el verbo pasar tenga cincuenta y cuatro significados, mientras en la república del Ecuador tienen ciento cinco nombres para el órgano sexual masculino, y en cambio la palabra condoliente, que se explica por sí sola, y que tanta falta nos hace, aun no se ha inventado. A un joven periodista francés lo deslumbran los hallazgos poéticos que encuentra a cada paso en nuestra vida doméstica. Que un niño desvelado por el balido intermitente y triste de un cordero, dijo: "Parece un faro". Que una vivandera de la Guajira colombiana rechazó un cocimiento de toronjil porque le supo a Viernes Santo. Que Don Sebastián de Covarrubias, en su diccionario memorable, nos dejó escrito de su puño y letra que el amarillo es el color de los enamorados. ¿Cuántas veces no hemos probado nosotros mismos un café que sabe a ventana, un pan que sabe a rincón, una cereza que sabe a beso?

Son pruebas al canto de la inteligencia de una lengua que desde hace tiempos no cabe en su pellejo. Pero nuestra contribución no debería ser la de meterla en cintura, sino al contrario, liberarla de sus fierros normativos para que entre en el siglo veintiuno como Pedro por su casa.

En ese sentido, me atrevería a sugerir ante esta sabia audiencia que simplifiquemos la gramática antes de que la gramática termine por simplificarnos a nosotros. Humanicemos sus leyes, aprendamos de las lenguas indígenas a las que tanto debemos lo mucho que tienen todavía para enseñarnos y enriquecernos, asimilemos pronto y bien los neologismos técnicos y científicos antes de que se nos

infiltran sin digerir, negociemos de buen corazón con los gerundios bárbaros, los que endémicos, el dequeísmo parasitario, y devolvamos al subjuntivo presente el esplendor de sus esdrújulas: váyamos en vez de vayamos, cántemos en vez de cantemos, o el armonioso muéramos en vez del siniestro muramos. Jubilemos la ortografía, terror del ser humano desde la cuna: enterremos las haches rupestres, firmemos un tratado de límites entre la ge y jota, y pongamos más uso de razón en los acentos escritos, que al fin y al cabo nadie ha de leer lagrima donde diga lágrima ni confundirá revolver con revólver. ¿Y que de nuestra be de burro y nuestra ve de vaca, que los abuelos españoles nos trajeron como si fueran dos y siempre sobra una?

Son preguntas al azar, por supuesto, como botellas arrojadas a la mar con la esperanza de que les lleguen al dios de las palabras. A no ser que por estas osadías y desatinos, tanto él como todos nosotros terminemos por lamentar, con razón y derecho, que no me hubiera atropellado a tiempo aquella bicicleta providencial de mis doce años.

Fuente: La Jornada, México, 8 de abril de 1997.

¿Se cayó o se calló? Ana María Kaufman.

García Márquez (¿o debería poner de acuerdo con su sugerencia, garsia markes?) planteó un tema que vuelve cada tanto: el de la reforma ortográfica del castellano, que consistiría básicamente en una reducción del alfabeto.

No estoy de acuerdo con esta propuesta. Los que la sustentan argumentan que suprimiendo las letras que comparten la misma sonoridad, se escribiría con menos errores. Pero también es probable que el nuevo sistema dificulte la lectura. Cuando leemos, nuestro ojo no ve todas las letras, sino que selecciona algunas en función de las cuales anticipamos lo que se encuentra próximo. Un sistema con pocas marcas demanda mayor esfuerzo por parte del lector. Así, desaparecerían los parónimos, con lo cual si dice "la señora se cayó", tendríamos que apelar al resto del texto para saber si cerró la boca o aterrizó en el suelo.

Por último, los que proponen simplificar la ortografía están sugiriendo, para decirlo en forma sencilla, "escribir como suena". Pero... ¿cómo suena dónde? ¿Conservamos una z y una s para los madrileños?...

¿Se trataría de adoptar las distintas ortografías en función de las pronunciaciones locales? Eso dificultaría enormemente la comunicación escrita entre los hispanohablantes.

Sería conveniente utilizar el enorme esfuerzo que demandaría esa reforma en investigar por qué los niños tienen tantas dificultades ortográficas, cuál es la responsabilidad de la sociedad y de la escuela en ese problema y cuál sería la mejor manera de resolverlo.

Fuente: Clarín, miércoles 9 de abril de 1997

Junio, 2013.

Veinticuatro toneladas de fuego y memoria.

Por Mempo Giardinelli.



Quemas de libros durante la dictadura.

Hoy, 26 de junio, hacen exactamente 33 años del día en que la dictadura ordenó quemar millones de libros del Centro Editor de América Latina.

Ese 26 de junio de 1980 está en la memoria más horrible de la Argentina y escribo esto pensando una vez más en todo el dolor que todavía nos deben.

Propongo recordar lo sucedido. Propongo que imaginemos aquel 26 de junio de aquel 1980. Día frío y gris, pero no llueve. La acción en Sarandí, partido de Avellaneda, provincia de Buenos Aires. A corta distancia de lo que entonces se llamaba Capital Federal, vemos que de un gran depósito sobre las calles O'Higgins y Agüero (hoy Crisólogo Larralde) entran y salen camiones cargados de libros. Son veinticuatro toneladas de libros. En silencio, suboficiales, soldados y policías vacían lentamente el depósito bajo las escrutadoras severas miradas de oficiales del Ejército Argentino, algunos muy jóvenes.

El depósito –un amplio galpón– y todos los libros pertenecen a la conocida editorial Centro Editor de América Latina, una de las más prestigiosas y originales casas editoras de libros del país y el continente, fundada y dirigida por Boris Spivacow, un respetado matemático de 65 años, hijo de inmigrantes rusos. Entre 1958 y 1966 había sido gerente general de Eudeba (la Editorial de la Universidad de Buenos Aires) y la había colocado en el pináculo de la consideración pública por sus colecciones de extraordinaria calidad y cuidado a precios populares. Hasta que la tristemente célebre Noche de los Bastones Largos, el 29 de julio del '66, junto con centenares de profesores e investigadores, Spivacow fue forzado a abandonar Eudeba y la universidad.

Inmediatamente empezó a soñar con una empresa independiente y autosuficiente. Y así, con toda la experiencia acumulada, fundó la editorial Centro Editor de América Latina, que llegó a convertirse en una de las más fuertes editoriales del continente, y sus colecciones fueron formadoras de ciudadanía y fuente de conocimiento en todas las disciplinas.

Las fuerzas armadas de la época tenían a Spivacow, como se decía entonces, “marcado”. La supervivencia casi milagrosa de la editorial durante los primeros años de la dictadura tenía, por lo tanto, los días contados. Y el final fue ese día, ese 26 de junio del año '80, en que llegaron las tropas en sus camiones y empezaron a cargar libros, paquete por paquete, y en sucesivos viajes llevaron 24 toneladas de cultura y conocimiento desde el depósito de Agüero y O'Higgins hasta un baldío que había entonces a muy pocas cuadras, en la calle Ferré, entre Agüero y Lucena.

Allí, una vez descargados los libros –posiblemente un par de millones de ejemplares– un valiente oficial habrá dado la marcial y ceremoniosa orden de prenderles fuego. “Procedan”, habrá dicho con firmeza y yo imagino que sin inmutarse, sin culpa alguna, sin siquiera darse cuenta de la atrocidad que cometía en ese instante miserable.

Así se quemaron esos libros, aquel 26 de junio de 1980, y con ellos se quemaron años de saber, de cultura, de investigaciones, de sueños y ficciones y poesías. Y se quemó una parte esencial de la Argentina más hermosa, incinerada por la Argentina más horrenda y criminal.

El expediente judicial –informan ahora amigas y amigos que han guardado intacta la memoria de esa jornada ominosa– dice que aquel día estuvieron presentes allí algunas personas de la editorial: el fotógrafo Ricardo Figueiras, Amanda Toubes, Alejandro Nociletti, Hugo Corzo y el propio Boris Spivacow.

Me cuesta imaginarlos, ahora. Pero no los veo llorando sino concentrados y serios, dignos y elocuentes en su silencio atronador. Los veo observando con dolor a las bestias de uniforme que cumplían esa orden infame que algún oficial de alta graduación, algún oscuro dictador habría dispuesto en algún oscuro lugar del poder. Pero no veo que ninguno de ellos baje o desvíe la mirada. Como si supieran que algún día y en una democracia, aunque plena de imperfecciones, esos libros amados iban a renacer de entre las cenizas.

Y eso es lo que sucede hoy, 26 de junio de 2013 y en Democracia: amigos de la Biblioteca Nacional informan que hoy por la mañana se hará el primer acto simbólico en el mismo lugar de la quema, ahí en Sarandí. Lamento estar tan lejos, pero simbólicamente voy a hacer con mi hija una casita de libros en el jardín de nuestra casa. Y le voy a explicar cómo es que el fuego destruye todo, libros incluidos, pero nunca puede destruir los sentimientos, el saber y la memoria.

© 2000-2013 www.pagina12.com.ar|República Argentina.

Un escritor y la hache. Mario Benedetti.

La propuesta de García Márquez tiene repercusión porque quien la formula es un Premio Nobel y un gran escritor, pero no me parece destinada a influir en el desarrollo de la lengua. Mucho más modestamente, hace ya varios lustros que Juan Ramón Jiménez, también Premio Nobel y notable escritor, intentó unificar en la j los sonidos afines, y es obvio que no logró contagiar al lenguaje esa obsesión personal.

Las lenguas sufren constantes modificaciones, pero solo cuando proviene de la sociedad hablante y escribiente. No obstante, debo reconocer que la forma o el aspecto de la palabra no tiene la misma importancia para el prosista que para el poeta, y yo creo que en su sorprendente alegato García Márquez muestra su "hilacha" de prosista.

Para el ensayista, el periodista o el narrador, la palabra es sobre todo concepto y su morfología no es tan importante. Para el poeta, la palabra es, además, imagen escrita, y allí no es lo mismo "humo" que "umo", "hogar" que "ogar"

En un poema, el espíritu de la palabra puede constituir una metáfora, pero el cuerpo de esa misma palabra también constituye una imagen.

No está mal transgredir las normas gramaticales. Desde Vallejo a García Márquez, todos lo hacen (lo hacemos), pero lo atractivo y experimental es que lo trasgresor sea la excepción y no la regla.

De todas maneras, y aparte de estas sutilezas me parece que los cambios propuestos pueden llevar a evidentes confusiones. No es lo mismo (y estos ejemplos incluyen el problema de la hache y de los acentos) "hábito" que "habito", "húsar" que "usar". Creo, además, que en materia de lenguaje, hay problemas más urgentes y globales. O sea, que más importante que la supresión de la hache, me parece la eliminación del analfabetismo.

Esto sea dicho sin prejuicio de reconocer el ánimo lúdico de García Márquez. Si una vez hizo levitar a Remedios la Bella¹, ¿por qué no puede hacer que levite Hache la Muda?

Fuente: Clarín, sección Opinión, viernes 11 de abril de 1997.

Un lector para su época

“No leer”, del chileno Alejandro Zambra, reúne textos sobre escritores y libros y se ubica en una zona estimulante que cruza ensayo, crónica y recuerdos.

POR MIGUEL ANGEL PETRECCA



HUMOR E IRONIA. Son dos de las claves del particular tono de Zambra.

La novísima editorial Excursiones, dedicada al ensayo argentino y latinoamericano, decidió lanzarse al ruedo con un volumen que reúne crónicas y ensayos sobre literatura del poeta y novelista chileno Alejandro Zambra. Se trata de una versión ampliada de la edición chilena, compilada y editada tiempo atrás por Andrés Braithwaite. El título del libro (**No leer**) proviene de uno de los mejores ensayos del conjunto pero también alude, como se explica en la nota introductoria, al “placer de no leer algunos libros”, un placer que Zambra dice haber descubierto al abandonar la crítica literaria semanal.

Ensayos bonsái

El libro está dividido en tres partes: la primera (la más extensa) y la segunda contienen reseñas de libros, retratos de escritores, crónicas y ensayos sobre temas tan diversos como la experiencia de viajar con libros, el oficio de escribir, la lectura en fotocopias y, como señala el título del libro, la no lectura. La última parte, en cambio, con apenas dos textos, funciona como una coda y está más enfocada en el surgimiento de su voz narrativa. Todos los textos, más allá de esta división, tienen en común el pertenecer a un territorio híbrido, entre la prosa periodística, la crónica y la ensayística, al cual le sienta bien el término “ensayo bonsái”, acuñado por Fabián Casas.

El libro, en su conjunto, puede verse como una historia personal (y por momentos generacional) de la lectura: la historia de la formación de Zambra como lector. Esta historia abarca, por un lado, la creación de un panteón de autores. Ahí la presencia de numerosos poetas nos recuerda que Zambra comenzó escribiendo poesía antes de convertirse en narrador. Los nombres también permiten trazar las dos coordenadas básicas del espacio donde se para Zambra como escritor: hacia dentro de Chile, en el polo antipoético opuesto a la retórica nerudiana; hacia afuera, recortado contra el fondo del boom latinoamericano, del que hace una lectura crítica, inclinándose por autores laterales, como Julio Ramón Ribeyro.

En tanto biografía de un lector, por otro lado, **No leer** nos muestra diferentes prácticas de lectura y momentos fundantes de esa biografía. Así, en “Lecturas obligatorias”, que no casualmente abre el volumen, Zambra se remonta a sus orígenes como lector. Tras contar cómo su profesora de castellano del Instituto Nacional les dio una semana de plazo para leer **Madame Bovary**, señala: “Así nos enseñaron a leer: a palos. Todavía pienso que los profesores no querían entusiasmarnos sino disuadirnos, alejarnos para siempre de los libros”. En “Elogio de la fotocopia”, en cambio, remite a la experiencia de una generación, para la cual la fotocopia significó una posibilidad de acceso a la cultura, comparable a lo que poco después permitiría Internet: “Es bueno recordar que aprendimos a leer con esas fotocopias que esperábamos impacientes, fumando, al otro lado de la ventanilla. Unas máquinas enormes e incansables nos daban, por pocos pesos, la literatura que

queríamos. Leíamos esos tibios legajos y luego los guardábamos en las repisas como si fueran libros. Porque eso eran para nosotros: libros. Libros queridos y escasos. Libros importantes”. Por último, en “Cuatro personas”, reflexiona sobre la importancia del cenáculo literario y sobre el papel que cumple en la formación de un escritor joven la lectura solidaria entre un pequeño grupo de escritores-lectores que se influyen y critican mutuamente.

La prosa de Zambra es culta y entretenida. Maneja con destreza el humor (sobre todo en su variante irónica, como en “Contra los poetas”) y también un tono más grave, cuasi elegíaco por momentos, como en la crónica y retrato que le dedica al gran poeta Gonzalo Millán. “Apuntes sobre Gonzalo Millán” es el nombre de este ensayo, y en él Zambra hace un balance de la obra y la vida de Millán a través de tres momentos: el de **Relación personal**, su primer libro, de 1968, que Zambra lee como el reverso de un proyecto novelístico frustrado; **Veneno de escorpión azul**, el diario que llevó Millán, enfermo de cáncer terminal, durante su último año de vida; y por último **Archivo Zonaglo**, donde narra su encuentro personal con Millán y se detiene en las fichas que este elaboró y atesoró a lo largo de años. El retrato que construye es lúcido y entrañable, como son los que le dedica a Nicanor Parra, a Ribeyro y a Bolaño. En cada uno de ellos transmite efectivamente la pasión del lector.

Leer, después escribir

Al comienzo del libro Zambra cuenta que durante un tiempo, cuando todavía no había publicado su primera novela y vivía de escribir reseñas, tuvo miedo de transformarse en el crítico literario de su generación: temió convertirse en el eterno lector de los libros de los otros. Es este lugar, sin embargo, “el lugar del lector”, el que Zambra, como Borges, termina reconociendo aquí como su destino. Escribimos, dice, los libros que querríamos leer. Escribir es, en ese sentido, “leer un texto no escrito”.

Fuente: http://www.revistaenie.clarin.com/literatura/resenas/Alejandro-Zambra-No-leer_0_875312483.html

Elogio de la dificultad. Guillermo Martínez.

Hay libros arduos cuya lectura se parece a un martirio. Conquistarlos, sin embargo, depara la felicidad de las victorias secretas.

Cada vez que se habla de lectura, maestros, escritores y editores se apresuran a levantar las banderas del hedonismo, como si debieran defenderse de una acusación de solemnidad, y tratan de convencer a generaciones de adolescentes desconfiados y adultos entregados a la televisión de que leer es puro placer. Interrogados en suplementos y entrevistas hablan como si ningún libro, y mucho menos los clásicos, desde *Don Quijote* a *Moby Dick*, desde *Macbeth* a *Facundo*, les hubiera opuesto nunca resistencia y como si fuera no sólo sencillo llegar a la mayor intimidad con ellos, sino además, un goce perpetuo al que vuelven todas las noches.

La posición hedonista es, por supuesto, simpática, fácil de defender y muy recomendable para mesas redondas porque uno puede citar de su parte a Borges:

“Soy un lector hedónico: jamás consentí que mi sentimiento del deber interviniera en afición tan personal como la adquisición de libros, ni probé fortuna dos veces con autor intratable, eludiendo un libro anterior con un libro nuevo...”

Y bien, yo me propongo aquí la defensa más ingrata de los libros difíciles y de la dificultad en la lectura. No por un afán especial de contradicción, sino porque me parece justo reconocer que también muchas veces en mi vida la lectura se pareció al montañismo, a la lucha cuerpo a cuerpo y a las carreras de fondo, todas actividades muy saludables y a su manera placenteras para quienes las practican, pero que requieren, convengamos, algún esfuerzo y transpiración. Aunque quizá sea otro deporte, el tenis, el que da una analogía más precisa con lo que ocurre en la lectura.

El tenis tiene la particular ambivalencia de que es un juego extraordinario cuando los dos contrincantes son buenos jugadores, pero se vuelve patéticamente aburrido si uno de ellos es un novato, y no alcanza a devolver ninguna pelota. Las teorías de la lectura creen decir algo cuando sostienen el lugar común tan extendido de que es el lector quien completa la obra literaria. Pero un lector puede simplemente no estar preparado para enfrentar a un determinado autor y deambulará entonces por la cancha recibiendo pelotazo tras pelotazo, sin entender demasiado lo que pasa. La versión que logre asimilar de lo leído será obviamente pálida, incompleta, incluso equivocada. Si esto parece un poco elitista basta pensar que suele ocurrir también exactamente a la inversa, cuando un lector demasiado imaginativo o un académico entusiasta lanza sobre el texto, como tiros rasantes, conexiones, interpretaciones e influencias en las que el pobre escritor nunca hubiera pensado.

En todo caso la literatura, como cualquier deporte, o como cualquier disciplina del conocimiento, requiere entrenamiento, aprendizajes, iniciaciones, concentración.

La primera dificultad es que leer, para bien o para mal, es leer mucho. Es razonable la desconfianza de los adolescentes cuando se los incita a leer aunque sea un libro.

Proceden con la prudencia instintiva de aquel niño de Simone de Beauvoir que se resistía a aprender la “a” porque sabía que después querrían enseñarle la “b”, la “c” y toda la literatura y la gramática francesa. Pero es así: los libros, aún en su desorden, forman escaleras y niveles que no pueden saltarse de cualquier manera. Y sobre todo, sólo en la comparación de libro con libro, en las alianzas y oposiciones entre autor y autor, en la variación de géneros y literaturas, en la práctica permanente de la apropiación y el rechazo, puede uno darse un criterio propio de valoración, liberarse de cánones y autoridades y encontrar la parte que hará propia y más querida de la literatura.

La segunda dificultad de la lectura es, justamente, quebrar ese criterio; confrontarlo con obras y autores que uno siente en principio más lejanos, exponerse a literaturas antagónicas, impedir que las preferencias cristalicen en prejuicios, mantener un espíritu curioso. Y son justamente los libros difíciles los que extienden nuestra idea de lo que es valioso. Son esos libros que uno está tentado a soltar y sin embargo presiente que si no llega al final se habrá perdido algo importante. Son esos libros contra los que uno puede estrellarse la primera vez y sin embargo misteriosamente vuelve. Son a veces carromatos pesados y crujientes que se arrastran como tortugas.

Son libros que uno lee con protestas silenciosas, con incomprendimientos, con extrañezas, con la tentación de saltar páginas. No creo que sea exactamente un sentimiento del deber, como ironiza Borges, lo que nos anima a enfrentarnos con ellos, e incluso a terminarlos, sino el mismo

mecanismo que lleva a un niño a pulsar "enter" en su computadora para acceder al siguiente nivel de un juego fascinante. Ellos no ocultan su orgullo cuando se vuelven diestros en juegos complicados ni los montañistas se avergüenzan de su atracción por las cumbres más altas.

Hay una última dificultad en la lectura, como una enfermedad terminal y melancólica, que señala Arlt en una de sus aguafuertes: la sensación de haber leído demasiado, la de abrir libro tras libro y repetirse al pasar las páginas: pero esto ya lo sé, esto ya lo sé. Los libros difíciles tienen la piedad de mostrarnos cuánto nos falta.

Fuente: Clarín, 24 de abril del 2001, Suplemento de Cultura.

Messi y los dos linajes. Juan Sasturain.

Es sabida la brillante tesis de Ricardo Piglia respecto de Borges, que se puede sintetizar en la alevosa construcción, por parte del mismo maestro, de una doble tradición personal, dos linajes que confluirían en su obra y le darían (in)equívoca identidad: el linaje de la sangre –encarnado en la memoria de su madre, que narra / confunde la historia familiar (Isidoro Acevedo, el coronel Francisco Borges) con la Historia a secas, el devenir de la Patria– y el linaje de los libros, representado por la infinita biblioteca de su padre, esa multitud de volúmenes ingleses entre los que –dice– se crió.

Inevitablemente argentino y deliberadamente universal, Borges –el conjunto de la obra borgiana– es impensable e inexplicable si no se reconoce la convergencia / superposición / complementariedad única y enriquecedora de estos dos reconocidos linajes. Por eso es original y, además, por talento, es un genio.

Claro que no siempre –o casi nunca– la apreciación de esa totalidad compleja irreductible a categorías simples resulta satisfactoria para ciertos lectores, críticos o clasificadores dispuestos a desechar todo aquello que no quepa o calce en la budinera previamente dispuesta: qué clase de escritor tan argentino es éste, tan universal que parece que podría ser de cualquier otra parte. Algo así.

El tema de Borges, su carácter excepcional y las dificultades que presenta encasillar su figura para cualquier mentalidad que piense la identidad en términos de apropiación (nacionalista o de cualquier tipo) reaparece, transpuesta, corrida, pero con renovados elementos de análisis, en el caso, no tan distante como parecería, de Lionel Messi, un genio argentino / universal absoluto con identidad –por lo menos– en discusión.

Al respecto creo, sinceramente, que si bien el maravilloso jugador no ha formulado al menos hasta ahora –que yo sepa– teoría o declaración alguna en cuanto a lo que considera sería el origen de sus habilidades y saberes, el entramado íntimo de factores y experiencias, las vivencias clave que han hecho de Messi lo que Messi es jugando al fútbol, tenemos elementos más que suficientes como para proponer en su nombre y para su / nuestra mejor comprensión del fenómeno (que lo es) algunas hipótesis tal vez no descaminadas.

Cabe acaso hacer un leve rodeo conceptual. Es sabido que para jugar al fútbol primero hay que saber jugar a la pelota. Un saber no implica el otro ni lo sobreentiende ni lo sustituye. Como la relación entre hablar y leer-escribir. Son dos cosas distintas y de aprendizaje sucesivo, habitual/naturalmente no simultáneo. Hoy está en crisis esto.

Antes de los arcos, del gol, de la idea de compañeros y de rivales, antes del fútbol mismo están la pelota, la relación individual con ella, el de-safío de controlar, amansar, manejar, dirigir, escamotear un objeto que está hecho intencionadamente para moverse, ser incontrolable... Además, maravillosamente, el fútbol adquiere su sentido y grandeza a partir de imponerse libremente la inhumana dificultad inicial: la interdicción básica, el tabú de no usar la mano.

No en todas partes se aprende a jugar a la pelota de la misma manera. Creemos que en la relación con la pelota (cómo se juega, cómo se la usa, se la concibe, piensa y trata) suele radicar la escurridiza identidad –concepto hoy en crisis– de una comunidad futbolera: país, región, cultura, clase, raza y sus mezclas. Y eso tiene que ver con la experiencia primaria, inicial, de contacto con la movediza esfera.

El padre futbolero argentino llega a casa y trae de regalo a su tambaleante hijo varón de año y medio la primera pelota. La suelta y cuando el bebé va a agarrarla escucha: “No, con el pie”. Esa es la regla primera y fundante. La otra es meses después, cuando tras patear ida y vuelta durante rato largo, el padre no devuelve la pelota sino que pone el pie encima y dice: “Vení a buscarla, sacámela”. Y cuando el pibe tira la patadita patea el aire, ya no está ahí. Y hay que sacársela a

papá, que la pisa, la oculta con el cuerpo, pone el culo, gambetea. Primero se aprende eso. Y al socializar, se nota. En un cumpleaños de cuatro años, se suelta una pelota y todos corren detrás, el que la consigue gambetea hasta que otro se la quita y éste sigue hasta que la pierde y así... La primera relación con la pelota –en la Argentina– es de dominio y posesión: es algo que uno consigue, tiene y retiene, gambeteando, a base de habilidad, manejo, astucia, hasta perderla. Los arcos y los compañeros vienen después, con la idea de partido –que ya es fútbol, no pelota– y finalmente se adquiere, a regañadientes, como debe ser, la idea de pase. El pase es el último recurso cuando no puede tenérsela más...

En este país y en esta cultura, esta manera de concebir empíricamente el juego desde la posesión individual de la pelota se desarrolló históricamente en un ámbito irregular e improvisado, el potrero –que exigía destreza extrema en el dominio–, y se expresó en una forma de enfrentamiento ocasional y anárquico, el picado, que no era otra cosa que suma de individualidades. Demás está decir que no todas las culturas futboleras están basadas en esta idea-fuerza primigenia. La argentina, sí. Con todas sus virtudes y limitaciones, es desde esta base conceptual inconsciente que hemos generado nuestras grandes individualidades desequilibrantes: grandes jugadores de pelota –aptitud técnica– que, a veces, fueron grandes jugadores de fútbol: concepto táctico. No siempre, claro. Lo que sí, la ecuación no es reversible. Porque la (destreza) técnica se desarrolla, se aprende, pero no se enseña.

Así, aprender –y enseñar– a jugar al fútbol es una operación radicalmente diferente, que requiere un salto cualitativo, con la adquisición de otros conceptos, que pueden ser diferentes según la experiencia, la escuela, incluso la ideología de los responsables de impartirlos como válidos. Y no en todas partes ni momentos se ha jugado ni se juega al fútbol de la misma manera. En eso también hay diferencias que marcan idiosincrasia.

Volviendo, tras el necesario rodeo, al caso de Lionel Messi, creo que se trata, como en el ejemplo borgeano, de la notable confluencia de un doble linaje. Parafraseando a Piglia, en la Pulga hay un linaje de la sangre, mamado intuitivamente en la primera infancia y preadolescencia, que tiene que ver con la experiencia inigualable e intransferible de haber aprendido a jugar a la pelota en la Argentina. Lionel no se crió en Manresa ni a orillas del Llobregat, sino en Rosario: respiró, transpiró esa tradición y esa técnica. Y fue y es un extraordinario, único, jugador de pelota.

Pero también o sobre todo –a diferencia de otros o de todos los demás– confluye en él, se superpone, sobre esa base técnica furiosamente argentina, otra tradición conceptual, no intuitiva sino más letrada –digamos– que tiene que ver con una manera de concebir el juego, de jugar al fútbol con todas las letras, que es la que recibió, como un dotado Harry Potter en bruto, cuando fue a escuela del fútbol universal que es la del Barcelona, del gran Johan Cruyff y los ancestros holandeses, vía Guardiola & Co, hasta ahora.

Las perplejidades que genera su aparente rendimiento dispar según juegue con la camiseta que representa una tradición o con la otra, tienen que ver –estoy seguro– con no reconocer en él esta condición genial, insólitamente anfibia de su talento. A la inversa de lo que solemos preguntarnos con tantos de nuestros precoces y muy buenos jugadores de pelota arruinados por jugar al fútbol en condiciones –países, clubes, tácticas– que no aprovechan sus aptitudes, hay que atreverse a preguntarnos si Messi hubiera sido lo que es si se hubiera quedado a jugar al fútbol acá. Yo creo que no.

Delito, pobreza e invisibilización.

Por Roberto Samar *

La discriminación de la pobreza incide en las coberturas periodísticas de dos maneras: por un lado, se asocia la pobreza con la criminalidad y, por el otro, se invisibiliza a esos grupos cuando ocupan el lugar de víctimas.

Kevin Molina fue asesinado el sábado 7 de septiembre por un balazo, durante el enfrentamiento entre dos bandas. En medio del dolor, hubo serias denuncias de los vecinos de que existió una zona liberada por las fuerzas de seguridad. Ahora bien. ¿Viste a la familia de Kevin hablando en la tele? ¿El caso fue tapa de los medios hegemónicos? No. Porque Kevin era de Zavaleta, no vivía en Barrio Norte. Las víctimas pobres son invisibles. La militante trans de la zona de Constitución Yhajaira Falcón fue acusada de robar 150 pesos a un taxista con una tijera. En la investigación no apareció la tijera, no hay testigos y no se supo del taxista. Sin embargo, estuvo varios meses detenida. Esta situación de abuso, producto de su vulnerabilidad, sólo fue noticia para Página/12 y Tiempo Argentino.

Las víctimas no son iguales. La mirada del periodismo, de los medios, de grandes sectores de la sociedad y del Estado se sensibiliza cuando afecta a ciertos sectores sociales e ignora a otros.

Pero los pobres se vuelven visibles a la hora de criminalizarlos. En ese sentido, el libro de Buenas Prácticas en la Comunicación Pública, del Inadi, sostiene que “el caso prototípico de la estigmatización de la pobreza es el que la asocia a la delincuencia. El prejuicio más común, utilizado de manera recurrente por los medios de comunicación, es que las personas en situación de pobreza salen a robar desde asentamientos, villas o barrios populares y que esto se vincula directamente con los crímenes y homicidios ligados a la idea de “inseguridad”.”

Para tomar dimensión del problema, según una encuesta sobre percepción de prácticas discriminatorias del Inadi del año 2008, la principal causa de discriminación en Argentina es la pobreza.

Como decíamos anteriormente, este imaginario social criminalizador atraviesa los distintos sectores sociales, así como también los poderes del Estado. En ese sentido, el joven pobre que responde al estereotipo del “delincuente” tiene más posibilidades de ser denunciado por vecinos, de ser para la policía el primer sospechoso de un delito y de recibir del Poder Judicial una prisión preventiva hasta que finalice el proceso.

Por el contrario, si la seguridad es un servicio público, el Estado debe garantizarla para todas y todos, pero sobre todo para los sectores más vulnerables, ya que cuentan con menos herramientas para ejercer sus derechos. Es decir, si queremos construir una sociedad más segura e inclusiva, debemos desarrollar discursos e imaginarios sociales que desasocien la pobreza de la criminalidad. Paralelamente, en materia de seguridad se deben desarrollar políticas activas que pongan el eje no sólo en los grupos hegemónicos de la sociedad, sino sobre todo en los sectores históricamente vulnerados. Una política que haga visible a Kevin y a Yhajaira.

* Licenciado en Comunicación Social UNLZ. Docente de Comunicación y Seguridad Ciudadana en la Universidad Nacional de Río Negro.

Escrito a mano. Guillermo J. Etcheverry (*El autor es educador y ensayista*)

Setiembre, 2009.

Cuánto hace que no experimentamos el placer de recibir una carta manuscrita en letra cursiva? La caligrafía es una habilidad humana en rápida extinción, porque ya casi no se enseña en las escuelas. Cuando se emplea una lapicera, en general se lo hace para escribir con letra de imprenta. Stefano Bartezzaghi y María Novella de Luca, periodistas italianos interesados en el tema, se preguntan si la preocupación por el ocaso de la escritura cursiva responde a la nostalgia o constituye una emergencia cultural. Muchos expertos se inclinan por la última alternativa. En Inglaterra se vuelve a usar la estilográfica para que los estudiantes aprendan la grafía. En Francia también se considera que no se debe prescindir de esa habilidad, pero allí el problema reside en que ya no la dominan ni los maestros. Aunque el mundo adulto no está aún preparado para recibir las nuevas inteligencias de los niños producto de la tecnología, la pérdida de la habilidad de la escritura cursiva explica trastornos del aprendizaje que advierten los maestros e inciden en el desempeño escolar.

En la escritura cursiva, el hecho de que las letras estén unidas una a la otra por trazos permite que el pensamiento fluya con armonía de la mente a la hoja de papel. Al ligar las letras con la línea, quien escribe vincula los pensamientos traduciéndolos en palabras. Por su parte, el escribir en letra de imprenta, alternativa que se ha ido imponiendo, implica escindir lo que se piensa en letras, desguazarlo, anular el tiempo de la frase, interrumpir su ritmo y su respiración.

Si bien ya resulta claro que las computadoras son un apéndice de nuestro ser, hay que advertir que favorecen un pensamiento binario, mientras que la escritura a mano es rica, diversa, individual, y nos diferencia a unos de otros. Habría que educar a los niños desde la infancia en comprender que la escritura responde a su voz interior y representa un ejercicio irrenunciable. Es ilógico suponer que la tendencia actual se revertirá, pero al menos los sistemas de escritura deberían convivir, precisamente por esa calidad que tiene la grafía de ser un lenguaje del alma que hace únicas a las personas. Su abandono convierte al mensaje en frío, casi descarnado, en oposición a la escritura cursiva, que es vehículo y fuente de emociones al revelar la personalidad, el estado de ánimo.

Posiblemente sea esto lo que los jóvenes temen, y optan por esconderse en la homogeneización que posibilita el recurrir a la letra de imprenta.

Porque, como lo destaca Umberto Eco, que interviene activamente en este debate, la escritura cursiva exige componer la frase mentalmente antes de escribirla, requisito que la computadora no sugiere. En todo caso, la resistencia que ofrecen la pluma y el papel impone una lentitud reflexiva. Muchos escritores, habituados a escribir en un teclado, desearían a veces volver a realizar incisiones en una tableta de arcilla, como los sumerios, para poder pensar con calma. Eco propone que, así como en la era del avión se siguen tripulando barcos a vela, sería auspicioso que los niños aprendieran caligrafía, para educarse en lo bello y para facilitar su desarrollo psicomotor.

Como en tantos otros aspectos de la sociedad actual, surge aquí la centralidad del tiempo. Un artículo reciente en la revista *Time*, titulado *Duelo por la muerte de la escritura a mano*, señala que es ése un arte perdido, ya que, aunque los chicos lo aprenden con placer porque lo consideran un rito de pasaje, "nuestro objetivo es expresar el pensamiento lo más rápidamente posible. Hemos abandonado la belleza por la velocidad, la artesanía por la eficiencia. Y, sí - admite su autora, Claire Suddath-, tal vez seamos algo más perezosos. La escritura cursiva parece condenada a seguir el camino del latín: dentro de un tiempo, no la podremos leer". Abriendo una tímida ventana a la individualidad, aún firmamos a mano. Por poco tiempo.

Fuente: revista@lanacion.com.ar